

COMENTARIOS DE LIBROS

Por

Andrés ANDES

"Crónicas de Oriente"

de Salvador Reyes

Ed. Gabriela Mistral, 1973

La Editoria "Gabriela Mistral" ha tenido el acierto de recoger recientemente en un volumen diversos artículos de Salvador Reyes sobre el Oriente y una serie de comentarios sobre la situación de Europa. Aunque corresponden a crónicas publicadas en 1968/1969, conservan todo su frescor y su actualidad y se leen con el mismo interés que cualquiera otra obra del gran escritor y fino periodista.

Tuvimos el privilegio de formar parte, durante más de una década y en el mismo tiempo que Salvador Reyes, de la plana mayor de ese gran diario, valiente y veraz, que fuera "La Unión" de Valparaíso, bajo la dirección de Alfredo Silva Carvallo. Sabemos pues, de cerca, cuan justas y certeras son las bellas y cordiales palabras con que éste lo enjuicia en el prólogo de "Crónicas de Oriente": "Salvador Reyes pasará a la historia de las letras chilenas por la autenticidad de su estilo, la elegancia de sus imágenes y sus agudas percepciones de lo nacional y de lo universal. Por su inquietud jamás saciada, en demanda de un infinito inalcanzable. Por la libertad de su espíritu, simbolizada en todo lo que el mar contiene y significa, que pa-

ra él fue la cuna de tantas de sus obras y es también el sepulcro definitivo de su envoltura terrenal".

Nos consta, particularmente, el cariño de Salvador por el mar y por la Marina de Chile, volcado en montones de artículos a lo largo de toda una vida y en esa obra magnífica que todo chileno debiera leer, "El continente de los hombres solos" (Ed. Ercilla, 1956), recuento de su itinerario a la Antártida con la IX Comisión y verdadero canto a la labor silenciosa y abnegada de la Armada Nacional, escrito con amor y sencillez.

Pero, en alguna otra oportunidad haremos la apología de la vocación marinera de Salvador Reyes, trasunto de su honda chilenidad. Ahora, sólo comentaremos para nuestros lectores, sin ninguna pretensión de hacer crítica literaria, estas "Crónicas de Oriente", que acabamos de saborear.

Aunque parezca obvio, habrá que empezar por decir que se trata de un viajero de ojos abiertos y corazón a flor de piel, dispuesto a ver y a comprender; de un periodista de alma, capaz de verter en expresiones llenas de belleza sus impresiones objetivas y subjetivas, dueño

de la difícil facultad de interesar a sus lectores y de trasportarlos con el poder subyugante de su pluma a las más remotas regiones o de despertarles las más profundas inquietudes espirituales.

Así, se acerca y nos acerca a la India milenaria, con el ánimo despierto y a la vez con el temor de que sus sentidos no traduzcan la insólita realidad.

Se refiere a los adjetivos y las frases líricas de que ha sido objeto el Taj-Mahal por todos quienes han visitado la India, y concluye, humildemente: "Los que llegamos después ya no tenemos qué decir y nos quedamos contemplando la forma blanca en la luz deslumbrante del invierno indio".

Pero no se crea que prodiga sólo elogios, pues llama a las cosas por su nombre, sin ninguna inhibición, como al hablar de Bombay: "Sería difícil desmentir a quien afirmó que el estilo gótico-victoriano es el más feo del mundo, sobre todo si se le agrega alguna dosis de arquitectura india. Estas altas torres, estos edificios imponentes con cúpulas y arcos musulmanes, emergen de las palmeras con un estremecedor derroche de riqueza y de ridículo. En ciertos momentos nos creemos en un Londres oriental". Y en seguida, acota certeramente: "Móvil e inmóvil son dos caras de la India. Sin duda, como en todos los trópicos, el calor y la humedad empujan al hombre a la pereza, a la lentitud. Entonces, ¿de dónde saca sus energías esta inmensa multitud que a pie o en bicicleta hormiguea todo el día a través de gigantescas ciudades como Bombay? ¿Cómo acordar la busca del Nirvana con la avidez por el dinero que mueve a tantos miles de comerciantes indios?"

La visita al Sagrado Ganges hace que el escritor se conmueva y nos conmueva ante la visión que no entiende, aunque trata de comprender: "Vamos descendiendo hacia la ribera entre dos filas de seres que pueden ser humanos. Mendigos, miserables, enfermos, son palabras sin sentido en medio de estas llagas, de estos andrajos, de estas monstruosas formas de las cuales apartamos la vista con un estremecimiento de horror. . .".

Mas adelante, nos cuenta de Calcuta, la ciudad más vasta y más poblada de la

India, con nueve o diez millones de habitantes, y hay un dejo de melancolía en sus palabras: "Sin duda, mucho más que eso puede ofrecer Calcuta para justificar la poesía de sus tres sílabas sonoras, pero nos va dominando rápidamente una secreta ansia por escapar de las calles grises, con su humanidad y su arquitectura leprosas, por encontrar una ciudad que aun no haya perdido su alma como ésta".

De pronto, el espíritu inquieto de Salvador se transparenta en viñetas como ésta, que le inspira la Pagoda de Oro de Birmania: "¡Cegadora plegaria, estupendo impulso ascensional! ¿Esta flecha de oro irá a clavarse con más precisión en la divinidad que las no menos finas, altas y delirantes flechas de las catedrales góticas? Buda, que no es un dios, sino un guía, ¿será sensible en su Nirvana a esta forma llameante que no se extingue nunca? ¡Qué importa! . . . Para aquellos que luchan por desprenderse de la miseria terrestre, todas estas flechas señalan caminos que, acaso, no sean más que uno. Tal vez en la altura a la cual estas flechas apuntan, convergen todas y su choque produce el acto sobrenatural que hombres y mujeres esperan orando en pagodas, catedrales y mezquitas. Y si nada se produce en los abismos siderales, aquí encontramos una respuesta de belleza. La religión produce el milagro en el instante en que se hace obra de arte".

O nos deleita con páginas de antología poética, cual las dedicadas al templo de Angkor Vat en Camboya, o a la Navidad en Angkor, en que describe vívidamente la danza de las jóvenes "apsaras", "figuritas apenas humanas y sin embargo encarnaciones subyugantes del eterno femenino, cuya gracia nos hace amarlas como a tiernos juguetes del alma".

A ratos nos encontramos con viejos sentimientos que compartimos, como esas señales de simpatía que en la infancia nos envían algunos países, las que a Salvador le llegaron a través de los libros de estampas y que nosotros recibiríamos por el sortilegio de los sellos postales. Con prosa fresca, recuerda el llamado de la bandera roja de Siam, que

añares después lo llevara a visitar Tailandia: "Qué mundo de ensueño cabía en ese rectángulo y en ese paquidermo simpático y raro, flameando al viento de la imaginación. Y el sonido de las dos sílabas metálicas: Si-am, Siam...".

De vez en cuando, saca a relucir su fina ironía. Quien conoció a Salvador Reyes no podrá menos de sonreír ante la escena en que un norteamericano que baila descalzo en el salón de un lujoso hotel de Bangkok "nos ofrece el espectáculo reconfortante de sus pies enormes, moviéndose con agilidad dentro de adorables calcetines a rayas". Aunque en otro tono, merece mencionarse igualmente el párrafo dedicado a Bali, la isla de los senos desnudos, a la cual lamenta haber llegado tarde, porque "ahora sólo las mujeres viejas observan la tradición. ¡Y qué espectáculos dan esas pobres señoras...!".

Casi confidencialmente, nos cuenta que está dispuesto a enamorarse de Singapur y anota al pasar un pensamiento que muchos hemos experimentado: "Marchamos a través de la noche, a través de lo desconocido, contentos de saborear la soledad y la lejanía, que son dos elementos esenciales del viaje".

Acto seguido, el ambiente de Saigón le mueve a esta acertada reflexión: "Ningún país del Asia merecía menos que el Vietnam la tragedia que vive. Es el país de la cortesía, de la discreción y de la dulzura de vivir. No se comprende cómo ha podido prosperar allí tanta barbarie y tanta desgracia. Es uno de los países en que mejor se conserva la vieja filosofía oriental".

Explica que Mao no ha barrido con Hong-Kong porque por esa colmena financiera entran inmensas sumas de divisas indispensables para la maltratada economía de la China comunista, porque muchas industrias continentales encuentran en ella su mejor mercado y porque la China roja mantiene en la colonia toda clase de establecimientos que le producen fabulosos beneficios, desde Bancos hasta cabarets de lujo, y concluye simplemente: "Explotar al capitalista no es pecado".

Cuando se refiere a la magia de Estambul muestra, de nuevo, la actitud de escepticismo a que era proclive al hablar de sí mismo: "Yo he visto el claro de luna sobre el Cuerno de Oro. ¡Qué buen capítulo habría podido escribir hace veinte años...! Pero he llegado frente a las luminarias de esta ribera novelesca con veinte años de atraso, cuando ya la luna no interesa y cuando el viejo Oriente ha levantado la tapa de su cofre mágico para mostrarnos que él no encierra imágenes de "Las Mil y Una Noches", sino armas, programas nacionalistas y el firme designio de parecerse cada día más al Occidente".

Frente a Grecia adopta una actitud de respeto hacia el pasado y de cautela ante el presente, que no conoce, pero al finalizar su visita exclama con entusiasmo y sinceridad: "Cuánto se aprende en un viaje por Grecia...! Al cabo de quince días nos vamos, ignorando las estadísticas y sin haber visitado ninguna central eléctrica, pero habiendo conocido uno de los pueblos más animosos y amables de la Tierra". Y se extiende en cálido homenaje al heroico pueblo griego, que durante siglos ha luchado por su libertad, con dignidad y coraje.

Salvador Reyes nos lleva con él en viaje a Rodas, la Isla de las Rosas, a cuya movida historia —"vieja como el mundo"— pasa revista, y después lo acompañamos, entretenidamente, durante una verdadera expedición, en autobús, en caique y a lomo de mulo, al escarpado Monte Athos, la península del Mar Egeo en que se alzan los milenarios monasterios y en que no se admite ninguna mujer y ni siquiera un animal hembra.

Merecen también subrayarse las páginas que dedica al misterio de las pirámides de Egipto, sobre las cuales nos da a conocer divagaciones subjetivas y sencillas: "Uno se queda ahí sobrecogido, sin saber qué pensar ni qué decir, aplastado y confuso, tratando de meterse en la cabeza la idea de que hace cinco mil años un faraón mandó edificar aquello y que fue edificado por hombres". Más adelante, confiesa: "Todo esto, lejos de excitar mi fantasía, me abrumba. Soy tal

vez un mal viajero. Otros han tenido las ideas más peregrinas a la vista de las pirámides. . .".

Sin embargo, Salvador Reyes distaba mucho de ser un mal viajero. Sabía ver y escuchar, sin limitarse a mirar y oír. Diplomático y periodista, era capaz de observar sagazmente y de transmitir a lectores las impresiones y los sentimientos que le inspiraban los hechos, los paisajes y los pueblos. El mismo lo dice, en el grato capítulo en que comenta su primera visita a la Esfinge de Gizeh: "Cuando uno cuenta sus emociones, no lo hace por mostrarse como un personaje interesante, sino, al contrario, porque tiene la impresión de representar el sentir de los demás y porque piensa que uno está expresando la emoción de los lectores tanto como la propia".

Y lo conseguía, en verdad, a fuer de ser auténtico, de sincero consigo mismo, de decir lo que sentía, sin prejuicios y sin reservas mentales, franca y directamente.

Hay que leer esas páginas llenas de observaciones agudas, de descripciones interesantes, de reflexiones íntimas, que nos hubiera gustado comentar con mayor habilidad y extensión. Porque nos

damos cuenta de haber abusado del lector con tantas citas y porque faltaría aún remitirnos a la visión de Fez, la ciudad de las setenta mezquitas, o a la evocación romántica de los piratas de Berbería, muy al estilo del autor de "Barco Ebrio", de "El Último Pirata", de "Ruta de Sangre", que nos cautivara en nuestra ya lejana juventud.

Si bien los capítulos sobre Europa, que forman la segunda parte del volumen, tienen un valor más efímero que aquellos relativos al Oriente, mantienen su interés y encierran algunas grandes verdades inmanentes —acerca del comunismo por ejemplo— o ciertos sabrosos comentarios, como uno en torno a las minifaldas. Además, de refilón, aprovecha un artículo acerca de los problemas que acarrearán los grandes gigantes del mar, para enviarnos su mensaje sobre la importancia vital del paso de Drake y la trascendencia de mantener y consolidar nuestra soberanía en las islas Lennox, Picton y Nueva.

Es que, sin duda alguna, ese gran chileno que se llamó Salvador Reyes tenía agua de mar en las venas, y llevaba, dondequiera que fuera, su patria a cuestas.

